ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante. Al fondo una puerta con cortina. A la derecha (la decoración debe ser cerrada), en primer término un bufete; en segundo término, puerta sin cortinas. A la izquierda, en primer término chimenea con fuego, y sobre ella una panoplia; y en la chimenea dos candelabros con velas encendidas. En segundo término, puerta sin cortinas. Por únicos muebles, un sillón á cada lado de la puerta del fondo, dos cerca de la chimenea, y otro delante del bufete.

ESCENA I.

HIPÓLITO—KARNAC.

(Hipólito usa barba cerrada negra y peinado descuidado. Su rostro está tostado por el sol. Su aspecto es dulce pero severo. Está irreprochablemente vestido de rigurosa etiqueta. Aparece de espaldas á la chimenea, apoyándose en ella con las manos. Enfrente de él y descubierto respetuosamente, está Karnac, viejo marino, con su traje bretón.)

HIPÓLITO. Tardaste mucho en llegar.

KARNAC. Nos entretuvo cuatro días, á la altura de Terranova, el temporal más fuerte que he corrido en el Atlántico; y además la niebla era tan espesa, que desde la pasadera de próa no se podía ver la casa del timonel en la popa. Había que andar con pies de plomo. Pero el *Combate* es un vapor que no se arredra por tan poco, y hoy hemos anclado en el Hâvre sin traer una cuerda rota.

HIPÓLITO. Me hubiera contrariado mucho un día más de tardanza.

KARNAC. ¿Pasa algo grave?

HIPÓLITO. No, Karnac; pero he vendido el vapor, y hoy debía firmar la escritura; la cual firmé al recibir el parte de tu llegada al puerto.

KARNAC. ¿Vender el *Combate?* ¿un vapor de esa clase?

HIPÓLITO. En un millón de francos.

KARNAC. No es maleja la suma..... pero los vale. ¿Y en qué buque navegaremos? ¿nada más en nuestro viejo pailebot la *Esperanza?*

HIPÓLITO. Yo me despido del mar.

KARNAC. ¡Imposible! ¡un marino domador de los océanos, camarada de las tempestades! ¡imposible!

HIPÓLITO. Ya estoy cansado de luchas. Tú me has acompañado en todas ellas, mi viejo lobo: en el castillo de proa rechazando con nuestras hachas el abordaje, en mi buque mercante salvando los escollos, en nuestros continuos viajes de San Francisco al Japón buscando la riqueza y la fortuna. Tú has sido quien me ha hecho millonario.....

KARNAC. Señor.....

HIPÓLITO. Y hoy es justo que recompense tus servicios. ¿Ves esta casa engalanada de fiesta? ¿ves mi traje de ceremonia? Al fin llego al puerto: esta noche me caso, Karnac. *(Asombro de Karnac.)* Tú vas á seguir la vida de marino, libre como el aire; pero antes deja que premie tus servicios, más bien tu cariño. Para eso te he hecho venir inmediatamente que supe tu llegada. Aquí tienes la escritura de propiedad del pailebot *Esperanza*, en el cual comenzamos nuestros trabajos; y aquí tienes también cinco letras de á cien mil francos, es decir medio millón: son letras giradas por mi futuro suegro contra la casa Roberts de Nueva York á la orden de mi amigo Gustavo,

endosadas por éste á mí, y ahora por mí en tu favor. (*Le da una cartera que ha tomado de encima de la chimenea.*) Ya he cumplido este último deber de gratitud: ya puedo dedicarme tranquilo á mi felicidad.

KARNAC. (*Que ha tomado la cartera con timidez, pero que tiene aún tendido el brazo.*) Pero, señor...

HIPÓLITO. (*Con severidad.*) ¿Desde cuando no obedeces á tu capitán?

KARNAC. Le obedezco, y sea mil veces bendecido del cielo.

HIPÓLITO. Ahora vas á asistir á mi boda.

KARNAC. ¿Yo? No es posible. Soy un marino rudo que no conoce las formas ..... y en este traje..... Se reirían de nosotros dos.

HIPÓLITO. Es verdad: así es el mundo. Entonces hasta mañana, mi viejo camarada. (*Le tiende á Karnac la mano: éste la aprieta con efusión con las dos manos.*)

KARNAC. Hasta mañana. Que sea usted muy feliz, señor. Aunque la mujer es más hermosa que el mar en calma; pero más falsa que él, y encierra en su seno más tormentas! (*Se va por la puerta el fondo.*)

ESCENA II.

HIPÓLITO—MARQUÉS.

MARQUÉS. (*Sale por la puerta de la izquierda.*) ¿Ese marino que se va ¿es acaso el famoso contramaestre de que nos hablabas anoche, y que creías llegara hoy?

HIPÓLITO. El mismo.

MARQUÉS. ¿Conque debes tu fortuna á sus consejos?

HIPÓLITO. Y á su amistad.

MARQUÉS. Supongo que estarás contento de tu habitación. No he querido separarme de mi única hija, que es toda mi vida; pero he procurado dejarte á tus anchas. Ahí tienes (*Señalando la puerta de la derecha.*)

tus cuartos enteramente independientes; este gabinete común á tí y á mí; por esta puerta (*Señala la del fondo*) se va al salón de ceremonias; y por esta otra (*Señala la de la izquierda*) á la sala de familia. Así estamos juntos y separados.

HIPÓLITO. Señor, estoy muy complacido.

MARQUÉS. Y luego, vas á tener por esposa á una de las mujeres más bellas y más elegantes de Paris: á un ángel, créeme.

HIPÓLITO. Así lo espero.

MARQUÉS. Y además, puedes decir que no tienes suegros: yo estoy siempre en mis negocios, y la marquesa en sus diversiones. Y no te quitará á tu esposa; nunca la ha llevado en su compañía, por no parecer vieja con una hija tan grande. Es una debilidad.

HIPÓLITO. Muy disculpable cuando conserva aún tanta hermosura.

MARQUÉS. Adulador. Di pues, ¿qué te falta? Eres rico. Antes de ahora no he querido hablar de tu fortuna, por no parecer interesable.

HIPÓLITO. Y yo la he callado, por temor de que me creyesen vanidoso. Todas mis ganancias están en el Banco de Inglaterra, y suben á cuatrocientas mil libras.

MARQUÉS. ¡Diablo! bonita fortuna.

HIPÓLITO. Hecha con mi honrado trabajo.

MARQUÉS. ¡Soberbio!

HIPÓLITO. Tenía además el millón de francos de las letras de usted contra la casa Roberts, las cuales me dió Gustavo como precio del vapor que le vendí.

MARQUÉS. (*Con inquietud*) ¿Y ya no tienes... ese millón?

HIPÓLITO. Ya no: quinientos mil francos le di á Karnac en premio de sus servicios, que valian mucho más.

MARQUÉS. Has hecho muy bien.

HIPÓLITO. En cuanto á los otros quinientos mil francos, había yo ofrecido dar á Genoveva medio millón como regalo de boda, y he entregado esas letras al notario.

MARQUÉS. (*Muy contrariado.*) Has hecho mal... eran letras mías... siendo yo su padre... ¿qué dirán?... Harás

mejor en sustituirlas con otros valores... con letras tuyas sobre el Banco de Inglaterra...

HIPÓLITO. Bien; lo haré mañana.

ESCENA III.

DICHOS—GUSTAVO.

GUSTAVO. *(Entra por la puerta izquierda; también de etiqueta.)* Aquí me tienes, despues de saludar á las señoras, y de haber recorrido los salones: todo está espléndido. ¿Que tal, Hipólito? ¿estarás contento? Dime ahora que el hombre no es más que un judío errante.

MARQUÉS. ¿Qué es eso del judío errante?

GUSTAVO. Un Ahasverus de una balada alemana de Shubart. Locuras que nos decía éste hace algunas noches.

HIPÓLITO. No son locuras. La humanidad es ese judío errante, que jamás puede detenerse, que nunca tiene reposo, que camina y camina sin cesar, sin esperar descanso: la humanidad es Ahasverus. Lo mismo es el hombre, y mi historia lo demuestra. Niño casi quedé sin padres, y al verme huérfano, fué inmenso mi afán por estudiar para ser un día oficial de marina. Oía yo en el cielo constantemente la misma voz que le dice al judío errante: anda. Fuí oficial, y entonces ambicioné los grados, ambicioné la gloria; me llamó mi patria á luchar por ella, y la misma voz me gritaba: anda, anda sin descanso. Y en cien luchas navales conquisté lauros, y alcancé á ser capitán de fragata. Pero no pude descansar. Había caído el imperio, y yo debía mi carrera á esa situación política; me separé del servicio, compré un pailebot, y la misma voz me repetía sin cesar: anda, anda. Y diez años surqué mares, y desafié tempestades,

y burlé escollos; sin descanso, sin tregua, sin aliento siquiera. Nieguen ustedes ahora que el hombre es el Ahasverus, el judío errante de la balada.

GUSTAVO. Lo niego y lo pruebo. Después de esos diez años, hace dos meses que llegaste á París en busca de ese descanso por que tanto has suspirado: te encontraste conmigo, tu antiguo camarada de la Escuela militar; me contaste tus aspiraciones; te aconsejé que te casaras, y te traje á esta casa; y dentro de algunos minutos vas á ser enteramente feliz, uniéndote á Genoveva. Ya ves, querido judío Ahasverus, que vas á descansar en medio de las mayores delicias de la tierra.

MARQUÉS. Muy bien dicho.

HIPÓLITO. ¡Ojalá!

GUSTAVO. Por cierto que todo el día me he estado ocupando en arreglar los documentos del vapor.

MARQUÉS. Y yo he estado esperando á usted para que escriba la circular de que hemos hablado... y para evitar pérdida de tiempo he comprado un polígrafo. Mira, Hipólito, que prodigiosa invención. *(Le muestra un cuaderno que hay sobre la mesa.)* Escribes en la primera hoja, y lo escrito se reproduce en las veinte hojas que hay debajo.

HIPÓLITO. *(Viendo el cuaderno.)* Magnífico.

GUSTAVO. Pero, señor judío errante, los convidados comienzan á llegar: ve á hacerles los honores.

HIPÓLITO. Voy, amigo mío. Si alcanzo el reposo de mi vida, no olvidaré nunca que á tí te lo debo. *(Se va por el fondo).*

ESCENA IV.

EL MARQUÉS—GUSTAVO.

MARQUÉS. Pues hemos quedado solos, escriba usted la circular, Gustavo.

GUSTAVO. Hay noticias muy graves, y he cambiado de plan.

MARQUÉS. Explíquese usted.

GUSTAVO. Tengo que tomar las cosas desde el principio. Hace algo más de cinco años, sabiendo que era yo corredor... de usureros, me llamó usted, señor marqués...

MARQUÉS. Sí; los gastos de mi esposa y el esplendor del nombre de Montferrand exigían.....

GUSTAVO. Bien. Tuvimos dinero de pronto, fuimos dos íntimos amigos; pero la usura acabó de arruinar á usted, y á mí me dejó tan pobre como antes. Se presentó entónces un negocio alucinador; podían comprarse al tres por ciento acciones del ferrocarril de Roberts; esta casa había fingido una gran depreciación en esos valores, para hacer una soberbia especulación; supe á tiempo el secreto por mi hermano que es dependiente de ella; é hipotecando aun esta casa, adquirimos acciones por un millón de francos.

MARQUÉS. Es cierto: era mi salvación.

GUSTAVO. Al hacer su oparación la casa Roberts, se encontró conque había recogido todas las acciones menos nuestro millon, y eso la contrarió. Nos propuso entonces cambiarlos por una imposición en su caja: yo me opuse...

MARQUÉS. Y yo acepté porque creía seguro.....

GUSTAVO. Y caímos en la trampa: la casa Roberts ha fingido una venta del ferrocarril, y desde hace dos meses supimos, también por mi hermano, que se presentaría en quiebra. Quisimos vender los giros; pero ya el público sospechaba. Entonces encontré á Hipólito, arreglé el casamiento, y le di por su magnífico vapor el millón de la casa Roberts que no vale diez francos.

MARQUÉS. Yo tenía remordimientos; pero ahora sé que es rico, y que no le hace falta ese dinero. Pero convinimos en mandar á los corresponsales de América una circular, explicando que he entrado como socio de usted con propiedad en las tres cuartas partes del vapor.

GUSTAVO. Hay que cambiar de plan: la casa Roberts ha quebrado, y se sabe ya en París.

MARQUÉS. ¡Cómo!

GUSTAVO. Pero vamos á mi nuevo plan. He encargado inmediatamente á Joliby, el corredor de buques, que mañana mismo venda el vapor aunque sea en la mitad de su precio; pero que se vaya al Hâvre á venderlo: es una precaución. Mañana nos repartimos el dinero, y yo me voy al extranjero, también por precaución.

MARQUÉS. Podría alguno de los convidados saber la noticia y contarla: voy á apresurar la ceremonia. Sabe el cielo que obro solamente por salvar de la miseria y del oprobio el nombre de Montferrand. *(Se va por el fondo.)*

ESCENA V.

GUSTAVO—GENOVEVA.

(Sale por la puerta izquierda, con traje de desposada, el cual debe ser de elegante sencillez.)

GENOVEVA. *(Viendo á Gustavo.)* ¡Ah! eres tú?

GUSTAVO. ¿Pues á quien buscabas?

GENOVEVA. Á Hipólito.

GUSTAVO. ¿Y para qué?

GENOVEVA. Para decirle que no puedo consentir en esta infamia.

GUSTAVO. Y contarle que hace cinco años tú y yo tuvimos amores, y de esos amores nació una niña bella é inocente como los ángeles. ¿No es eso?

GENOVEVA. Sí.

GUSTAVO. Y tu padre se arruinará: de tu casamiento depende la honra de su casa. Conoces al marqués: ese golpe

le mataría; y moriría también tu madre. Te asusta el traje de desposada: pues bien, cámbialo por el de verdugo de tus padres.

GENOVEVA. Yo no sé cómo mi matrimonio puede salvar á mis padres; pero es una villanía engañar á un hombre tan noble como Hipólito. Puede saber algún día que existe nuestra hija, y entonces...

GUSTAVO. Eso es imposible. Ocupados, tu padre en sus negocios y tu madre en sus diversiones, nuestros amores no tuvieron testigos. Cuando descubriste con espanto que ibas á ser madre...

GENOVEVA. Sí, con espanto.

GUSTAVO. Concertamos irnos al castillo de tu tía, cerca de Orleans, pretestando que necesitabas el aire del campo. Tu tía te acogió en tu desgracia.

GENOVEVA. Sí, desgracia tremenda.

GUSTAVO. Por fortuna la marquesa no pensó en acompañarte: no podía dejar una magnífica temporada de Salvini. Y así, solamente supieron nuestro secreto tres personas: tu tía, la vieja Juana y el doctor Ollivier; y hemos sido tan afortunados, que los tres han muerto: no puede haber un solo testigo que nos condene.

GENOVEVA. ¡Y yo no he vuelto á ver á la hija de mis entrañas! No le he dado ni un beso; que al nacer ella, yo caí como muerta, y tú, cruel, me la arrebataste.

GUSTAVO. Era necesario. Y para tomar todas las precauciones, la presenté usando del nombre de Juan Falconet, no del mío, y declarando que la madre había muerto. Ves que no hay que temer.

GENOVEVA. ¿Pero por qué nunca me has dejado verla?

GUSTAVO. La he tenido... lejos.

GENOVEVA. ¿Y cuándo la veré?

GUSTAVO. De tí depende.

GENOVEVA. ¿De mí?

GUSTAVO. ¿Todavía estás dispuesta á revelárselo todo á Hipólito?

GENOVEVA. Estoy resuelta.

GUSTAVO. Entonces nunca verás á tu hija.

GENOVEVA. ¡Infame! ¿y me lo dices tú que me has deshonrado? ¿tú que has fraguado este matrimonio no sé con qué propósito criminal? Has visto que no me he muerto de vergüenza con ser madre, ¡y quieres ver si al fin me muero al ser esposa despreciable!

GUSTAVO. Lo he hecho por tu bien, por el de nuestra hija, por el de tus padres. Tengo en París á nuestra hija.

GENOVEVA. ¿En París? ¿tan cerca?

GUSTAVO. Mañana te traeré un documento para que te la entreguen. Yo parto muy lejos. Fingirás que has recogido á una huérfana: sabes que es imposible probar su procedencia. Y vivirá á tu lado, y serás feliz: mientras que yo.....

GENOVEVA. Gustavo.....

GUSTAVO. Ahora decide: el matrimonio y tu hija, ó.....

GENOVEVA. El matrimonio, la infamia, el infierno; pero con mi hija.

ESCENA VI.

DICHOS.—HIPÓLITO.

HIPÓLITO. (*Sale por la puerta izquierda.*) Genoveva, todo está listo: vamos. (*Le tiende la mano.*)

GENOVEVA. (*Reponiéndose y apoyándose en la mano de Hipólito.*) Vamos.

HIPÓLITO. ¿No vienes, Gustavo?

GUSTAVO. Tengo que disponer todo por ahí dentro.....

HIPÓLITO. Aquí tienes, Genoveva, á un ingrato: se ha rehusado á ser uno de los testigos de mi boda.

GUSTAVO. Tú necesitas tener de testigos á hombres de pro: yo soy un humilde corredor.

HIPÓLITO. Veo en tí no sé que sonrisa burlona.

GUSTAVO. Naturalmente; al contemplar al judío errante, á Ahasverus, que va á casarse.

HIPÓLITO. Tienes razón. ¿Pero qué tienes, Genoveva? Tiembla tu mano?

GENOVEVA. *(Aparte.)* Me muero.

GUSTAVO. ¿No está pálido el arrogante marino? ¡Y no quieres que Genoveva desfallezca!

GENOVEVA. *(Aparte.)* Es verdad que desfallezco.

HIPÓLITO. Tienes razón. Reponte, vida mía. Dentro de pocos instantes, será la vida un cielo para nosotros. Vamos.

GENOVEVA. *(Lúgubremente.)* Vamos.

HIPÓLITO. *(A Genovava, yéndose.)* Me ha hecho mal su sonrisa.

GENOVEVA. *(Casi sin aliento.)* ¡Y á mí!

(Se van por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

GUSTAVO—KARNAC, después.

GUSTAVO. Ya van á la ceremonia. Mañana Joliby venderá el vapor, y me traerá los quinientos mil francos..... ¿Para qué darle su parte al marqués? Como á él, se me quitan los escrúpulos al saber que su yerno es muy rico. Hipólito mantendrá el brillo del ilustre nombre de Montferrand. No tengo que temer: no es posible que me descubran en veinticuatro horas; y mañana en la noche, estaré con mi medio millón surcando el océano rumbo á los Estados Unidos, ó á México ó al Brasil, ó rumbo al infierno; pero libre y rico al fin.

KARNAC. *(Entrando por la puerta del fondo.)* ¿No está aquí mi capitán?

GUSTAVO. Un marino. ¿Qué capitán?

KARNAC. El Sr. Hipólito.

GUSTAVO. Amigo mío, es imposible verle: en este momento está en la ceremonia de su matrimonio.

KARNAC. Y no puedo esperarme.....

Ven por mí dentro de unos instantes..... para que te devuelva tu beso.

GENOVEVA. *(Yéndose por el fondo.]* Sí..... vuelvo..... por tu beso.....

ESCENA X.

HIPÓLITO, solo.

¡Soy feliz, muy feliz!..... y sin embargo tengo miedo..... La sonrisa de Gustavo..... ¡Y qué fríos estaban los labios de Genoveva!..... Me pareció que me besaba la muerte..... ¡Bah! soy un loco. En el primer beso de amor debe escaparse toda el alma: y su cuerpo delicado, al sentir que el alma se le escapaba, doblóse sin vida y sin fuerzas. ¡Oh! ¡qué hermosa existencia puedo formarme! ¡qué hermoso paraíso con ese ángel por compañera, y sin que en él se oculte tentadora serpiente! ¡Vivir para amar! Es como tener algo de Dios. Es ser como sol que se levanta sobre la montaña para dar luz y calor á la tierra. Es ser como luna que baña de caricias de plata la inmensa soledad del océano. Ó como lluvia consoladora en las abrasadas arenas del desierto. Ó como iris en la tormenta. ¡Ó como Dios en el cielo! *(Se deja caer en el sillón que está delante del bufete.)* Sí, soy feliz; y tanta felicidad me agobia, y desfallezco. *(Pone el codo sobre la mesa, y deja caer la cabeza sobre la mano; lo que hace que sus ojos tropiecen con los pliegos del polígrafo.)* ¡Genoveva! *(Toma un pliego.)* ¿Mas qué veo? ¡imposible, imposible! Debo estar loco. *(Arroja el pliego, y al volver á fijar la vista sobre el polígrafo, dice:)* Pero no, aquí está otro pliego que dice lo mismo. *(Lo separa.)* Y otro..... y otro..... Es el infierno que me escribe su maldición en todo lo que veo..... *(To-*

mando un pliego y leyendo.) "Gustavo: tengo miedo de que partas, y te olvides de traerme el documento con que me han de entregar á mi hija. Por ese ángel desventurado, ve á traérmelo esta misma noche. —Genoveva." ¡Si es imposible!..... y por lo mismo que es imposible, es cierto. (*Pausa.*) Ahora comprendo aquella sonrisa de demonio..... ¡ahora comprendo aquel beso de muerte! ¡Y yo, pobre judío errante, había creído llegar á mi sitio de descanso! ¡Ah! la voz del cielo, no, la voz del averno me grita nuevamente: "en marcha, desgraciado, de nuevo en marcha; pero ya no luchando por la gloria ó por la fortuna, ya no luchando entre las tempestades del tormentoso mar; no, ahora, judío errante, sigue tu camino sin descanso ¡por el piélago sin fondo de la deshonra y de la infamia!" (*Pausa.*)

(*Se deja caer sobre el sillón, se cubre el rostro con las manos, y lanza un gemido sordo.*)

ESCENA XI.

HIPÓLITO—GENOVEVA

(*Genoveva entra por el fondo, en donde se detiene á decir su primera frase.*)

GENOVEVA. (*Aparte.*) Se había ido..... ¿por qué? (*Viendo á Hipólito.*) Hipólito, ¿qué tienes?

HIPÓLITO. (*Alzando el rostro*) Nada..... siéntate.... tenemos que hablar.

GENOVEVA. (*Sentándose en el sillón inmediato á la chimenea.*) Me espanta tu cara: lívida está como de cadáver.

HIPÓLITO. Peores son las almas muertas: hay tambien almas que son como cadáveres, como cadáveres en corrupción.

GENOVEVA. ¿Por qué me hablas así? tengo miedo.

HIPÓLITO. Asustadiza eres al lado de tu esposo.

GENOVEVA. Tienes el rostro severo como rostro de juez.

HIPÓLITO. ¡Hay quien tiene la conciencia como conciencia de criminal!

GENOVEVA. (*Queriendo levantarse.*) Hipólito.....

HIPÓLITO Siéntate, Genoveva..... esposa mía.

GENOVEVA. Me has asustado.

HIPÓLITO. ¿No tienes nada que contarme?

GENOVEVA. ¿Yo?..... ¿que contarte?..... nada..... Vine porque te ofrecí.....

HIPÓLITO. Sí; cuéntame algo de tus pasados amores. Yo no puedo distraerte con esa conversación: tú has sido el primer amor de mi vida. Y tú ¿no has amado antes?

GENOVEVA. (*Aparte.*) ¡Qué tormento! (*Alto.*) No.

HIPÓLITO. Haz memoria. ¿No recuerdas besos impuros dados en tus labios húmedos y palpitantes?

GENOVEVA. Hipólito.....

HIPÓLITO. ¿Caricias de deshonra?..... ¿dolores de madre?.....

GENOVEVA. ¡Gran Dios! ¿quién te ha podido decir?.....

HIPÓLITO. Tú misma.

GENOVEVA. ¿Yo?

HIPÓLITO. Una carta que hace un momento escribiste aquí.

GENOVEVA. Imposible; si la tengo en el pecho, quemándome el corazón.

HIPÓLITO. (*Tomando los pliegos del polígrafo.*) Desdichada, mira: se ha reproducido tu carta veinte veces. Una sola bastaría para probar mi deshonra y tu infamia: con todas éstas, hay para arrojar infamia y deshonra por los cuatro vientos. (*Arroja las hojas del polígrafo, que van á caer esparcidas delante de Genoveva.*)

GENOVEVA. (*Cayendo en el sillón.*) ¡Miserable de mí! (*Pequeña pausa.*) Pero pueden entrar, ver estos papeles. Ya tú conoces mi crímen, y es bastante. Deja que los arroje en el fuego. (*Se inclina á recogerlos, y los va arrojando á la chimenea.*)

HIPÓLITO. Así está bien la víbora; arrastrándose por el suelo.

GENOVEVA. Ahora dispón de mí.

HIPÓLITO. Ahora no: mañana. No quiero que conozcan mi desgracia: vamos al baile.

GENOVEVA. No puedo.

HIPÓLITO. Pudiste llegar con pie firme hasta el altar de mi sacrificio, ¿y no tienes fuerzas para ir á la fiesta de mi ignominia? No lo comprendo.

GENOVEVA. ¡Por piedad!

HIPÓLITO. ¿La tuviste de mí? Vamos.

GENOVEVA. Siento morirme.

HIPÓLITO. *(Tomándole la mano para llevarla.)* ¡Si la vergüenza matara!

ESCENA XII.

DICHOS—EL MARQUÉS.

El marqués se presenta por la puerta del fondo.

MARQUÉS. Yo buscando á ustedes: el baile va á empezar; y aquí requebrándose de amores.

GENOVEVA. *(Fingiendo alegría.)* ¡Ah! sí; vamos.

HIPÓLITO. *(Reprimiéndose.)* Vamos; el mundo nos reclama.

MARQUÉS. El primer vals me corresponde: es la etiqueta. No te enceles, Hipólito; te tocará el segundo lugar.

HIPÓLITO. Ya sé que ése es el mío.

GENOVEVA. *(Aparte.)* ¡Qué sufrir!

MARQUÉS. *(Tomando á Genoveva del brazo.)* En marcha. Es preciso estar muy alegres: no hay dos días como este en la vida.

GENOVEVA. *(Con angustia.)* No los hay.

HIPÓLITO. ¿Que ha de haber?

MARQUÉS. *(Yéndose con Genoveva.)* Pues á estar muy contentos.

HIPÓLITO. *(Ya en la puerta.)* Sí: ¡con una alegría que raye en delirio y en fiebre!

TELÓN.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración. Es de día: se supone que son las tres de la tarde. Las velas se han consumido en los candelabros, mostrando que han ardido toda la noche. El fuego de la chimenea se ha apagado, y entre las cenizas blancas de la leña se ven claramente las cenizas negras de los papeles quemados. Las dos puertas laterales están cerradas. La luz del gabinete es débil.

ESCENA I.

HIPÓLITO, solo.

(Aparece sentado en el sillón inmediato á la chimenea. Su actitud es entre feroz y meditabundo. Su peinado está en desorden. Su sombrero está sobre el bufete.)

Ahí están aún las cenizas de esas infames cartas; cenizas negras como la negra traición que encerraban. Yo buscaba un hogar, y está apagado y frío. Todo lo he arreglado para mi viaje: esta noche partiré, á caminar siempre, á marchar sin descanso. ¿Pero donde estará Karnac? *(Se levanta.)*